

## FOLKLORE Y PATRIMONIO

MERCEDES CANO HERRERA

RESUMEN: ¿Es legítima la utilización del patrimonio y la utilización de nuevas “tradiciones” destinadas a turistas con fines económicos? A través de la descripción de una casa albercana, los diferentes elementos que la componen, su función, su estructura e, incluso, su evolución en función tanto de los cambios en su uso como por la desaparición de costumbres y necesidades de las familias que la habitaban, la autora expone su opinión sobre lo que supone la gestión del patrimonio sociocultural.

ABSTRACT: Is it legitimate to use our cultural patrimony as well as newly-created “traditions” for tourists in order to turn an economic profit? The author expresses her opinion on what should be meant by management of sociocultural patrimony by describing how the structure, the various parts, and the function of a typical house in La Alberca (Salamanca) have evolved as a result of both changes in the way these houses are used and also as a result of the disappearance of certain customs and the changing needs of the families that live in them.

PALABRAS CLAVE: Antropología sociocultural / patrimonio sociocultural / gestión del patrimonio.

## 1. ÁNGEL

En plena canícula estival, cuando se acercan dos fechas dolorosas para el folklore español (cabo de año y cumpleaños de Ángel Carril) es duro retornar a escribir para él, pero, a la vez, reconfortante, porque su memoria continúa cada vez más viva, y el reconocimiento a su vida y su obra se ha convertido en una compacta bola de nieve, que aumenta a medida que pasan los días.

Una de las luchas constantes de Ángel, fue (al tiempo que la de elevar la dignidad de los estudios sobre la cultura tradicional) la de conservar la *k* de la palabra *folklore*. Quizás por ello, porque recuerdo su constante pelear, ha sido el concepto elegido para, una vez más, rendir homenaje a quien, como Jorge Manrique dijera de su padre, *¡Qué amigo de sus amigos!*

A Ángel le debo no sólo mi conocimiento de la provincia de Salamanca (y mi amor por ella y por sus gentes) sino también gran parte de mi trabajo en el campo de la Etnografía, y de la comprensión del “alma” de la sociedad tradicional, a través de la Etnología.

Acababa yo de aterrizar en este mundo, procedente del estudio de la Prehistoria, cuando tuve la suerte de conocerle. Y me invitó a ir a Salamanca.

Allí, con él y con Juan Francisco Blanco, se me abrió un nuevo horizonte, en el que la cultura tradicional tomó el aspecto de una joya y de una vivencia al mismo tiempo. Fue como sumergirse en el mar de mi infancia, en el Cantábrico, donde todos los sentidos se agudizan y el agua, fría y salada, penetra por todos los poros del cuerpo pasando a formar un todo indisoluble con él, que te hace participar plenamente de la vida marina, formando parte de ella (valga este recuerdo, además, como llanto dolorido por ese mar, *la mar* que me vio nacer y que hoy está enferma, herida por la desidia y la falta de conciencia de quienes la han utilizado solamente para sus fines, sin cuidarla ni amarla). Era como mis primeras incursiones en sus aguas, con apenas unos meses de edad, llevada en volandas por mi madre o mi padre, que me metían los pies en el agua y me levantaban al llegar las olas, guiándome en los primeros pasos a través de este mar amigo, quien, a lo largo de mi vida, formaría ya parte indisoluble de mi mundo. Así, me guió Ángel en aquellos momentos a través de la Etnografía, incitando y sosteniendo al tiempo. Y a lo largo de todos estos años, nunca varió su actitud: incitar y apoyar.

En el Centro de Cultura Tradicional, aprendí otra forma de trabajar y de implicarme en el folklore. Y allí se me abrieron las puertas de la mente a nuevos conceptos. Y conocí a gentes que en aquellos momentos estaban en el entorno del Centro de Cultura Tradicional, algunos de los cuales han seguido formando parte de mi mundo a través de los años.

Vaya, pues, esta introducción como agradecimiento al amigo que, como el mar Cantábrico, aunque físicamente esté lejos, nunca dejará de formar parte de mi vida. El rumor de las olas y las palabras de Ángel; el ruido de las rompientes y su sonrisa; el olor a sal y yodo y la fragancia de su colonia cuando llegaba a las reuniones,

siguen en mi memoria, y forman parte indisoluble de mí, esa parte a la que, en ocasiones, nos replegamos cuando estamos muy cansados y necesitamos reforzarnos, coger fuerzas, para continuar el camino. Gracias Ángel.

## 2. DEFINICIÓN DE CONCEPTOS Y EJEMPLOS

Las palabras que utilizamos para denominar a las diferentes ciencias, técnicas, metodologías o conceptos en general (*folklore, etnografía, etnología, patrimonio, cultura...*) son símbolos, como otros muchos fenómenos físicos (olores, imágenes...). Es decir, tienen un significado arbitrario, que depende de quien utilice o interprete los términos. El olor a heno representa diferentes realidades para quien lo siente. El del yodo, a quien está relacionado con la sanidad, le traerá a la memoria un hospital; a un marinero, el mar. Por ello, este trabajo va a intentar, por un lado, definir el significado con el que vamos a utilizar las diferentes palabras, para que en su empleo no surjan confusiones; por otro, utilizar ejemplos de una de las sociedades donde más tiempo he pasado trabajando, y donde los llamados “informantes” por la Antropología sociocultural son, para mí, amigos y vecinos, con nombres, apellidos y apodos. La Alberca, en la Sierra de Francia.

El *folklore* es la ciencia que, con métodos y técnicas procedentes del campo de la Antropología sociocultural, estudia la cultura tradicional de las sociedades rurales tradicionales occidentalizadas, tanto para su conocimiento y comprensión, como para poder transmitir este patrimonio que atesora. Etnografía y Etnología son, pues, ciencias auxiliares en el estudio, la comprensión y la transmisión del folklore.

Muchos han sido –y seguirán siendo– los autores y escuelas que han definido las ciencias auxiliares de la Antropología. Sin embargo, una de las definiciones que más útiles para mí ha resultado siempre, ha sido (aunque matizada, como luego veremos, ya que los conceptos son también la herramienta que, utilizada por el investigador, ha de adaptarse perfectamente a él) la realizada por Claude Lévi-Strauss, en su obra *Antropología Estructural* (Lévi-Strauss, 1969). En ella, la Antropología social y cultural, o sociocultural, que es el estudio del hombre, su sociedad y su cultura, tendría tres etapas, que a menudo se desarrollan en forma simultánea.

La primera, o *Etnografía*, sería el trabajo de campo, y se limitaría a una recogida de datos y a una observación descriptiva. Se trataría fundamentalmente de un método de recogida para museos.

La segunda, denominada *Etnología*, tendría como misión la elaboración de conclusiones, extraídas del trabajo de campo, para realizar una síntesis geográfica, histórica y sistemática.

La última, y definitiva, sería la *Antropología sociocultural*, que a partir de los datos proporcionados por el trabajo etnográfico y el etnológico, intenta extraer conclusiones válidas para todas las sociedades. *Apunta a un conocimiento global del hombre y abarca el objeto en toda su extensión geográfica e histórica.*

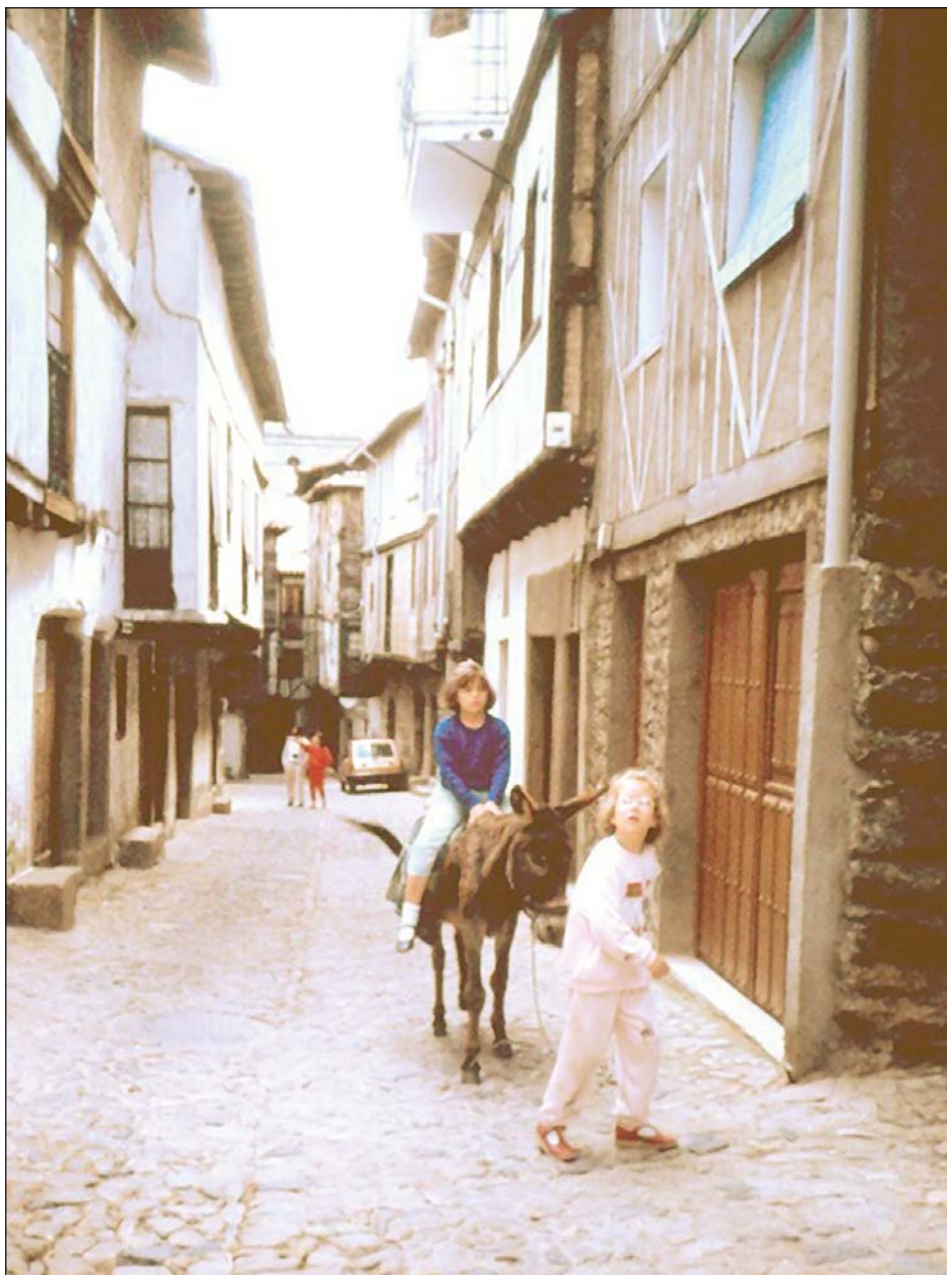


FIG. 1.—*Calles albercanas e implicación en la vida diaria del grupo social estudiado: hija y amiga de la investigadora.*

Esto, que parece tan simple, no lo es tanto, ya que las ciencias que tratan del hombre, precisamente por ello, no son exactas, pues no sólo todo lo referente a los seres humanos es imprevisible y dinámico, con códigos y comportamientos en continua evolución, sino que, además, el comportamiento humano en ocasiones está lleno de incoherencias. Las divisiones son meramente orientativas, para poder estudiar y clasificar los datos.

En un artículo publicado en el año 2003 sobre el trabajo de campo, ya hablaba de la importancia de la Etnografía, y no como una mera técnica de recogida de datos (Cano Herrera, 2003a: 45). En él decía: “El trabajo de campo es la recogida sobre el terreno de los datos que nos van a permitir conocer el patrimonio cultural de un pueblo... Es de suma importancia realizarlo con gran cuidado, como si se tratara del más fino cristal, si no queremos dañar gravemente tanto este patrimonio como a las gentes que nos han hecho partícipes de él. ...esta recogida se lleva a cabo mediante el trabajo de campo. Y para que esté bien hecha, dentro del conocimiento y el respeto, el investigador ha de empaparse de la cultura, convertirse en un vecino más de la sociedad que va a estudiar”.

Pero para conseguir esto, hay muchas reglas que no podemos olvidar. Entre ellas, quizás las más importantes sean el respeto y la humildad; y, por supuesto, la no descontextualización, tanto a la hora del estudio como a la de la transmisión de los datos.

Pues bien, para conseguir esto, es necesario no sólo encontrarnos a gusto en el grupo que estudiamos, sino también conocer, y hacerlo desde dentro, formando parte de la sociedad como un miembro más. Y para ello, necesitamos saber, conocer, los “códigos” de comportamiento de la sociedad en la que estamos. “Todas las sociedades se agrupan de alguna manera, e intentan autodefinirse para, de esta forma, encontrar los aglutinantes que les identifiquen como grupo... En este intento de autodefinición, los grupos humanos emiten una serie de ‘señales’ para identificarse dentro de ellos, o para diferenciarse de los otros” (Cano Herrera, 2003c: 312-313). Si no conocemos estas señales, no podemos comportarnos de forma adecuada para nuestra integración, y para formar parte de la sociedad que queremos estudiar.

Así pues, la Etnología tampoco es simplemente la ciencia que elabora las conclusiones extraídas del trabajo de campo, para realizar síntesis. Ciertamente, establece conclusiones partiendo del trabajo de campo, pero es, a su vez, absolutamente necesaria para la realización de éste, ya que es, también, la que permite la “lectura” de los datos que vemos. La que dota de contenido a los conceptos, a los signos que nos encontramos a lo largo del trabajo, para permitirnos comprender los códigos de comportamiento que nos ayudan a nuestra integración en una sociedad. Ella nos permite, en unión de la Etnografía, entender el “porqué” de las cosas y, lo que es igualmente importante, poder servir de puente en la transmisión de nuestro patrimonio cultural sin descontextualizarlo, ya que cualquier manifestación cultural descontextualizada no sólo sería difícil de entender, sino que, además, perdería su esencia, y llegaría a parecer absurda.

Como ejemplo de la coordinación entre Etnografía y Etnología en el estudio del folklore y el conocimiento activo del patrimonio, podemos intentar “leer” a vue-lapluma una casa tradicional del municipio de La Alberca, en la que esas señales que toda sociedad emite están esperando solamente a que sepamos verlas e interpretarlas. Eso sí, siempre a través de los miembros de la sociedad estudiada que, como el maestro que enseña al niño a leer, nos darán los códigos de interpretación correctos.

Para ello, comenzamos observando una casa cualquiera, a la que nos acercamos por primera vez, sin entender aún nada, pero observándolo todo.

Para ello, no tengo más que situarme en mi primera toma de contacto con la realidad albercana, un día del Corpus de 1984. Aquel día conocía a una mujer, la tía Juliana, a la que aún hoy (que cuenta con 102 años) sigo considerando amiga.

La tía Juliana estaba vendiendo turrón en un puesto de la plaza, acompañada por su nieta. Allí comenzamos a hablar, y allí, tras ofrecerme conocer su casa, dejó a su nieta, Pili, a cargo del puesto, y me llevó con ella.

La que voy a describir no es su casa, sino una cualquiera de las muchas que, a partir de entonces, me abrieron sus puertas y me acogieron con auténtico sentido de la hospitalidad. La tía Juliana, sin conocerme de nada, fue la primera. La siguieron Tomás y Mari, Ramoni, Tere, Toño y Francis, y otros muchos amigos, que forman parte ya para siempre de mí misma.

He aquí el esquema de una casa tradicional media de La Alberca, tal y como la percibe en una primera aproximación quien allí se acerca, sin conocer aún los códigos de valores tradicionales.

Veámosla en alzado, con la descripción de todos los elementos posibles, que aún no comprendemos (limpieza, olores, orden, etc.).

En la planta, de granito bien escuadrado, con banco corrido, poyo o tablón colocado sobre dos piedras, se encuentra la cuadra, con gran cantidad de “vicio” (estiércol mezclado con hojas) situada a un escalón por debajo del nivel de la calle con la que comunica a través de una puerta de doble hoja, dividida también en dos tramos horizontales (“vallipuerta”). En un lateral se abre una puerta de una sola hoja, que da acceso mediante un banzo a la escalera interior de la vivienda. El suelo puede ser de tierra apisonada o de lanchas de piedra y sobre él suele haber un pesebre de madera para las caballerías, una pila de piedra para los cerdos (no siempre) o las cabras y un doble techo sobre la zona de los pesebres, al que también se puede acceder por una pequeña ventana en el primer descansillo de la escalera. En ocasiones hay al fondo de la cuadra, o a un lado, unas pequeñas habitaciones oscuras, llamada “bodegas”.

A la escalera (que comunica los diferentes pisos de la casa, aunque no siempre siguiendo la vertical absoluta) se accede también desde la calle por una puerta adintelada con “vallipuerta”, que suele mostrar inscripción sobre el dintel. Al fondo del rellano, a menudo se abre otra puerta, que da acceso al “cortinal” o patio.

Al ascender a la primera planta (que al exterior muestra ya, como las superiores, el entramado de madera relleno de piedras y barro y encalado, en ocasiones

con tablazón de maderas horizontales un uno de sus laterales) vemos que se encuentra ocupada por el descansillo de la escalera, que muestra una puerta que da a una sala central (o a dos), generalmente muy limpias y ordenadas, a cuyos lados se abren las alcobas y, en ocasiones, un dormitorio. En la sala solemos encontrar el arca y los recuerdos de familia, desde los retratos de los padres, hijos y nietos, hasta esos regalos que todo abuelo suele recibir de vez en cuando, que consisten en fotografías dentro de marcos con inscripciones, o en pequeños platos con leyendas alusivas (“para mi abuelo/a”, etc.). Si pasa un regato por debajo de la casa, puede existir también un voladizo con un pequeño retrete con un orificio, que desemboca sobre el curso de agua. Las alcobas suelen estar “vividias”; es decir, más o menos ordenadas, pero en ellas se nota que hay alguien que habitualmente duerme allí. El dormitorio, si existe, está perfectamente cuidado y ordenado; en ocasiones, incluso, con las ropas de cama dobladas y cubiertas.

Al acceder a la siguiente planta, encontramos la cocina (con o sin despensa) que puede estar en el centro de la planta (con una alcoba a cada lado, o con una sala a un lado y una alcoba al otro) o lateral (con una alcoba en uno de los lados). El techo de la cocina está formado por vigas, y hace unos años mostraba una apertura cuadrada sobre el hogar central, el “sequero”, delimitado por cuatro “barandillas” bajas, o por un cerco de piedras, donde apoyan unos bastidores de madera (formados por las “cachas” y las “cintas”) comunicando por dicho hueco con el “sobrao”. El hogar hasta hace poco se estaba casi centrado, apoyado sobre una placa de granito o hierro y con otra a sus espaldas, con dos “tizneros” (piedras cilíndricas con una pequeña concavidad en la parte superior) a ambos lados y el “entremijo” (con forma circular acanalada y con vertedero, para la colada) detrás. Hoy ha sido sustituido por una chimenea y, generalmente, una cocina de butano o eléctrica. La utilización del hogar para cocinar, así como para secar la matanza, hacía que el suelo de la cocina apareciera, a menudo, manchado por el hollín y el pimentón.

En la última planta, situada bajo cubierta, y a la que se puede acceder bien por una escalera separada por una puerta del piso de la cocina, bien por una trampilla en el techo, encontramos el “sobrao” (polvo, hollín y algunas hierbas secas; en ocasiones, suciedad de la matanza), lugar de almacenamiento, a veces con pequeñas ventanas o huecos al norte o en direcciones opuestas, que no siempre permite permanecer de pie.

Todo esto, por supuesto, en plan esquemático, ya que es habitual que las casas no formen perfectas estructuras verticales, disponiendo de habitaciones dentro del alzado de las viviendas vecinas, o superponiéndose cuadra y “sobrao” a los de al lado.

En cuanto a los huecos que se abren al exterior, también hay peculiaridades. Así, de abajo a arriba, en ocasiones la cuadra tiene pequeñas ventanas (a veces lobuladas, con forma de cruz), mientras que las salas del primer piso cuentan con ventanas cuadradas, no muy amplias, con contraventanas, y las alcobas (si tienen luz directa) y el “sobrao” minúsculas ventanas de cuarterón. El segundo piso puede



FIG. 2.—Alzado de la casa tradicional albercana.



tener un balcón corrido o “solana”, comunicado con el interior por una doble hoja, y protegido por la parte superior por el vuelo del piso más alto. Este ir creciendo hacia arriba las casas en profundidad, hace que las calles albercanas se vayan aproximando por los tejados, que en ocasiones se solapan, lo que permite circular por ellas sin apenas mojarse cuando llueve.

Pues bien, todo esto que hemos visto, puede gustarnos o no, pero nada más, si no comprendemos los códigos de interpretación. Incluso pueden parecernos absurdos muchos de sus presupuestos: ¿por qué tienen que apiñarse en altura, teniendo tanto espacio? ¿Cómo es que, teniendo un buen dormitorio, utilizan las alcobas? ¿Por qué se implican los espacios de las casas dentro de los de las vecinas?

Tenemos que comprender el significado de lo que hemos visto. Y, para ello, hay que entender los códigos de valores de la sociedad que nos ocupa; en este caso, la albercana. Veamos algunos:

Una de las lecturas que hay que hacer es la que tiene en cuenta el *aprovechamiento económico de los distintos espacios* y, por tanto, nos explica las condiciones en que se encuentran. De la misma manera, la lógica une la limpieza o suciedad de los productos almacenados, o de las actividades realizadas, con la de los lugares de almacenaje. Pero también *las actividades que se realizan* en cada lugar y *las relaciones sociales* influyen, entre otros aspectos, en la forma en que se distribuye y en que se encuentra la casa albercana.

La suciedad que observamos en la planta baja, formada por la cuadra, el rellano de la escalera y el cortinal (a los que sólo tienen acceso las personas allegadas, como vecinos y familiares) se puede explicar por su uso, ya que la cuadra tiene como función: guardar y alimentar al ganado (equino, bovino, caprino y porcino); guardar el alimento del ganado; acumular el estiércol y preparar el “vicio”; guardar el combustible (leños y “talmas”). Hace años era, además, utilizado como retrete. Si estuviera limpia, podía significar dos cosas: o bien significaba que no tenían animales o que no había labranza y no necesitaban el vicio. Hoy la mayoría se encuentran perfectamente acondicionadas, dedicadas a garaje, tienda o “peña” en las fiestas.

La comunicación con la calle se establece por medio de una “vallipuerta”, con doble hoja horizontal. Las casas albercanas no solían cerrarse nunca, y los vecinos anunciaban su visita dando una voz desde el panel superior abierto, que era contestada desde dentro de la casa. Esta abertura de la mitad superior era necesaria, además, para dejar pasar al gato (sin que pudieran hacerlo cabras, cerdos y demás animales) y la salida de casa en las grandes nevadas. También para despedir al novio, con la parte de abajo cerrada. Pero al comunicar el rellano también con la cuadra, los pies introducen siempre algo de suciedad, pese a los intentos por limpiarlos.

En cuanto a las “bodegas” o habitaciones sin luz, permiten el almacenamiento de productos del campo o de estiércol, que también producen suciedad.

En el “cortinal”: en ocasiones existía un pilón para lavar. Pero, además, en él se elaboraban el jabón, las obleas o los “turruletes” (dulces de masa frita) en verano;

en general, se llevaban a cabo trabajos que solían hacerse al aire libre y se criaban gallinas, árboles frutales y hortalizas.

Y a la puerta de la casa, siempre los poyos o el banco corrido, bien de piedra, bien formado por un tablón sobre dos trozos de granito, necesario para los “seranos” o reuniones veraniegas de los vecinos.

En contraste con esta suciedad que observábamos en la planta baja de la casa tradicional (ahora ya sabemos por qué), la primera planta destaca por su limpieza. Veamos los motivos:

Las salas son el lugar para colocar los “tesoros” de la familia (arcas, muebles, cuadros o fotografías, ropas, etc.), donde acuden los invitados de fuera o las visitas en momentos especiales (boda, velatorio), y donde se visten para las fiestas. Por ello, han de permanecer siempre limpias, ya que no sólo guardan los bienes más preciados, y limpios, sino que son los lugares de acogida para los forasteros.

Las alcobas o dormitorios son muy pequeños, sólo para dormir y guardar lo mejor posible el calor, que proviene sobre todo del piso de abajo, del estiércol y de los animales de la cuadra. Las alcobas no se enseñan. Son lugares íntimos, privados, que muestran los signos de la actividad que en ellas se realiza: dormir. El dormitorio, sin embargo, es lugar de acogida de visitas y momentos especiales: médico, cura, o visitas durante el ciclo vital. Por ello, éste ha de permanecer siempre limpio.

La segunda planta puede estar más o menos sucia, pero menos que la planta baja, y de otro tipo (hollín, restos de alimentos, etc.):

La cocina es, realmente, el centro de la casa. En ella se realizan casi todas las actividades que no transcurren al aire libre, y se recibe a vecinos y amigos; y esto es lo que le da el carácter que tiene:

El hogar, situado generalmente en el centro, sobre el suelo y bajo el “seque-ro”, para que el humo salga por él y permita secar las castañas, colocadas sobre el entramado de “cachas” y “cintas”. Suele tener bancos corridos y tajos, que permiten acercarse al calor del fuego en las charlas invernales, y reunirse a los novios, cuando él “ya entra en casa”, separados por el fuego. Aquí se cocina sobre el fuego, se elaboran el jabón (que, en verano, se hace en el “cortinal”) y el turrón y se seca la matanza.

A un lado, el “entremijo”, para el colado de la ropa blanca y la recogida de las cenizas para la colada, la lejía y el abonado de los nogales. Flanqueándole, los “tizneros”, donde no sólo se colocaba el “tizne” para fregar, sino que también se golpeaban los sacos de castañas pilongas (o “blancas”) para pelarlas después de su exposición al sol.

En la despensa, la matanza ya curada y, a veces, algunas nueces y castañas frescas.

Cuando en esta planta hay una sala (que solía dar a la fachada principal), se utiliza para guardar productos como el pan, o las castañas ya secas y, en ocasiones, para coser (aunque es más frecuente hacerlo en la calle o, en caso de enfermedad o luto, en la “solana”). Es, también, el escenario de comidas extraordinarias



FIG. 3.—*Vallipuerta albercana.*

en bodas y reuniones familiares (si no se hacían en el cortinal), así como del “banquete fúnebre”.

Las alcobas se disponen cerca de la cocina, para aprovechar el calor que llega del hogar y, al igual que las de la planta baja, forman el espacio privado de quienes en ellas duermen.

Y, por fin, la planta alta: hollín, polvo, pimentón y tierra: por el “sobrao” sale el humo, libremente entre las tejas, se secan las castañas, se prepara y cura la matanza y se almacena combustible, paja y hierba (menos frecuente que en la cuadra) y frutos ya secos.

El clima también influye no sólo en la distribución en vertical de las casas y en las formas en que sus tejados se aproximan unos a otros, sino también en los huecos que se abren al exterior. Así, la mayoría son pequeños, para no desperdiciar el calor, pero con solanas a los lugares donde calienta el sol (y si no existen, a cualquier lugar), para secar las frutas, coser, bordar, reparar pequeños objetos o trenzar cuerdas; y en el “sobrao”, huecos pequeños que provoquen corrientes de aire frío, para curar la matanza.

Algo muy importante a tener en cuenta a la hora de ver la casa serrana es el factor de las relaciones sociales. Por un lado, la gran importancia del nivel de privacidad. La casa serrana está abierta a vecinos y amigos; pero las gentes de la casa tienen su propia privacidad al poder retirarse a la alcoba. Cualquier vecino avisa desde abajo con una voz antes de entrar. Pocas cosas se ocultan a los demás, pues



FIG. 4.—Sala y alcobas albercanas.

todo se hace a la vista. Tan sólo los regalos (y la demanda de favores) no se hacen en público, sino más bien de forma que nadie se entere; “que tu mano derecha no se entere de lo que hace la izquierda”; aunque el que los recibe siempre va a conocer su procedencia sin necesidad de inquirirla. Y esto lo aprendí en forma directa, un día en que, sentada con los vecinos en el exterior de la casa, agradecía a una de ellas un préstamo de un objeto que me había hecho. La reprimenda que me dio por hacerlo público hizo que jamás olvidara la lección.

Por otro lado, no se puede olvidar la hospitalidad, propia de todo pueblo serrano y la forma de relacionarse con las personas ajenas a la casa. Así, los vecinos no sólo son quienes acompañan en nacimientos, bodas y entierros, o quienes acuden a apagar los incendios. Son también “los de casa”, que pasan a la cuadra y que se reúnen en el cortinal, la cocina o la calle. Los invitados, “los de fuera” (que a todo el mundo acogen) y el maestro, pasarán a la sala o (si ya hay un nivel de confianza o acuden con alguien cercano) a la cocina. Las visitas especiales, como médico y cura, acuden en momentos de enfermedad, nacimiento o muerte, por lo que suelen ser recibidos en el dormitorio, al igual que quienes visitan a madre e hijo tras el parto. Sin embargo, quienes acuden por motivo de una boda o “casorio”, pasan a la sala, al igual que los que van a un velatorio. Pero las comidas de bodas y entierros son en las salas del piso de arriba. Solamente en algunas ocasiones las de boda y tornaboda se celebran en el cortinal.

Y un último aspecto que vamos a tratar es la falta de linealidad en el reparto vertical. ¿Por qué en las casas de La Alberca las habitaciones, cuadras o sobraos se introducen en las casas vecinas? La razón es tan sólo una: la casa está viva. Es una unidad social, cultural y económica, escenario de la vida de una familia con unas necesidades y unas características determinadas. Por ello, cuando hay una herencia, el reparto no puede ser horizontal, porque todos necesitan los diferentes elementos que hemos visto. Pero hay muros, vigas, pies derechos y otros elementos que no son fácilmente divisibles. Por ello, unas dependencias pasan a formar parte de una casa y otras de otra, en una clara compensación de volúmenes. Pero, además, en ocasiones surgen intercambios por diferentes necesidades de los vecinos. Así, a una familia, reducida ya tan sólo a los padres ancianos, pueden sobrarle habitaciones, pero faltarle medios de subsistencia; a los vecinos, cargados de hijos, es posible que les falte espacio pero que puedan cambiarlo por patatas, leña, etc. Esto hará que parte de la casa de los primeros pase a formar parte del espacio de la de los segundos. Si ambos presupuestos se repiten constantemente (y lo hacen), el perfil de ambas casas estará formado por espacios no alineados interiormente en una perfecta verticalidad.

Pero, como ya he afirmado en líneas anteriores, “esto, que parece tan simple, no lo es tanto, ya que las ciencias que tratan del hombre, precisamente por ello, no son exactas, pues no sólo todo lo referente a los seres humanos es imprevisible y dinámico, con códigos y comportamientos en continua evolución, sino que, además, el comportamiento humano en ocasiones está lleno de incoherencias”. Por ello, pese a todos los intentos de lograr una coherencia en nuestras interpretaciones,



FIG. 5.—Cocina albercana, vista desde el “sobrao”, a través del “sequero”.

nunca pueden ser definitivas. Existe un abanico de elementos cambiantes y, por tanto, de cambios en los códigos y en el comportamiento. Por ello, a lo largo del texto hemos visto que los tiempos de los verbos utilizados unas veces están en pasado (cuando ya ha cambiado) y otras en presente, representando estos últimos a los elementos, comportamientos y utilizaciones que aún subsisten, aunque sea ocasionalmente.

Así, por ejemplo, los tizneros han cambiado de uso en muy pocos años. Colocados en la cocina, junto al entremijo, perdieron su función con los años, coincidiendo con el empedrado de muchas calles. Por ello, se aprovecharon y se colocaron en el suelo, convirtiéndose en ocasiones en prácticos pocillos para que bebieran las gallinas. Otras veces, pasaron a formar parte de paredes y muros, o de los poyos situados junto a las puertas.

El entremijo dejó de utilizarse para hacer la colada al desaparecer la utilización de la ceniza y el agua, combinadas, como lejía. El lugar donde estaba situado, lo hizo idóneo, en un primer momento, para aclarar y escurrir la vajilla. Al cambiar las cocinas e instalar el butano, fueron retirados, conservándose algunos para adornar lugares de reunión, como bodegas, peñas y bares, y pasó a ser un símbolo de lo serrano.

La progresiva desaparición de la mayor parte del ganado, también cambió el destino de las cuadras y el tipo de productos almacenados. Su conversión en garajes, tiendas, talleres o peñas, alteró definitivamente su fisonomía. La venta de castañas frescas a los turistas, y la carencia de animales a los que alimentar con ellas, hizo innecesario el sequero. Este cambio de necesidades en vertical (calor y animales de la cuadra, secado de castañas, etc.) posibilitó el reparto horizontal de algunas casas en las herencias.

Los novios ya no se ven en el “trashoguero” de la cocina, ni se despiden a través de la “vallipuerta”. El convite a chocolate y a comer en las bodas, se hace en los hoteles. Muchas casas tienen timbre para llamar a la puerta. Las estufas de leña y butano, primero, y la calefacción después, van ganando terreno al brasero y eliminando la necesidad del calor de la cuadra (aunque aún no han desterrado al fuego de la cocina, cuyo humo, ya innecesario para el secado, se ha canalizado por medio de una chimenea).

Es decir, las costumbres y, por tanto, los códigos, se han ido adaptando a los cambios.

Estos cambios en la cultura han afectado, como siempre lo han hecho, al *patrimonio*. Y no sólo eso; también han suscitado controversias sobre la gestión de este patrimonio por los miembros de la sociedad que le ha ido produciendo y acumulando a lo largo de generaciones. ¿Es lícito utilizar las tradiciones como reclamo turístico y alterarlas?

Para responder a esta pregunta, primero vamos a intentar develar el concepto de patrimonio. Más concretamente, *patrimonio social y cultural*. ¿Qué es? ¿Cómo podemos diferenciarle de cultura? ¿De qué elementos está compuesto? En la definición de la UNESCO (México, 1982): “El Patrimonio Cultural de un pueblo comprende las obras de sus artistas, arquitectos, músicos, escritores y sabios, así como las creaciones anónimas, surgidas del alma popular, y el conjunto de valores que dan sentido a la vida, es decir, las obras materiales y no materiales que expresan la creatividad de ese pueblo; la lengua, los ritos, las creencias, los lugares y monumentos históricos, la literatura, las obras de arte y los archivos y bibliotecas”.

En el preámbulo de esta definición, se dice también que “En un sentido amplio la cultura puede considerarse actualmente como el conjunto de rasgos distintivos, espirituales y materiales, intelectuales y afectivos, que caracterizan una sociedad o un grupo social. Ello engloba, además de las artes y las letras, los modos de vida, los derechos fundamentales del ser humano, los sistemas de valores” (UNESCO, México, 1982, preámbulo). Realmente, no dan diferencias profundas, sino simplemente de forma, pues, por ejemplo, ¿qué es el *alma popular y el conjunto de valores* a que hace referencia la definición de patrimonio? ¿Quiénes son, realmente, los *artistas, arquitectos, músicos, escritores y sabios* de la cultura popular? ¿No coinciden con quienes realizan *las creaciones anónimas, surgidas del alma popular*? ¿En qué se diferencia el patrimonio, así definido, de *el conjunto de rasgos distintivos... sistemas de valores*?

Como ya hemos dicho antes, “las palabras que utilizamos para denominar a las diferentes ciencias, técnicas, metodologías o conceptos en general... son símbolos, como otros muchos fenómenos”. A menudo, son conceptos y definiciones meramente operativos, para poder trabajar.

Quizás la diferencia esté en el carácter esencialmente pretérito del patrimonio (es el resultado, acumulado y compartido por un grupo social) y dinámico, cambiante, de la cultura (cuyas manifestaciones se plasman en el patrimonio cultural). Es decir, el patrimonio cultural es, como su definición muestra, parte de la cultura, mientras que la cultura forma parte del patrimonio, pero es más amplia y más dinámica.

Como ya dijo Malinowski, los componentes de la cultura tienen que ser operativos. Tienen que funcionar para dar respuesta a las demandas. Cuando éstas cambian, o bien lo hacen también los diversos integrantes, o están abocados a su desaparición o a su “fossilización” o desaparición.

Pero, si la cultura es dinámica, y todo componente de la cultura que no funciona desaparece, ¿por qué el patrimonio cultural no puede evolucionar? ¿Por qué pretendemos que continúe invariable, sin que el paso del tiempo lo afecte? ¿No es acaso, como acabamos de ver, una parte de la cultura y, en este caso, no tiene que continuar siendo operativo?

Pues bien, el patrimonio cultural tiene un devenir en el tiempo. Una determinada manifestación forma parte del patrimonio de un pueblo en un momento determinado. Y si ya se ha fossilizado, queda así reflejada. Pero si forma parte de una cultura viva, que se adapta a las nuevas circunstancias, lógicamente también el patrimonio sufrirá cambios en su forma y su fondo.

Ahora bien, debe de ser una evolución interna, desde la sociedad que ha ido creándolo durante generaciones, y no impuesto desde fuera, ni por quienes estudian la cultura (antropólogos, sociólogos, etc.) ni por políticos o personas ajenas al entorno social. Y, desde luego, la preservación de los bienes culturales nunca debe ser más importante que la dignidad y la calidad de vida de las personas. Ciertamente, no propongo un uso desconsiderado y abusivo del patrimonio; se puede dar un equilibrio entre la herencia tradicional y los cambios necesarios para adaptarse a las nuevas necesidades. Y, todo ello, desde el respeto.

Por supuesto, la gestión del patrimonio tiene que ser también cuidadosa, ya que su poder como seña de identidad es grande. A menudo se utilizan como símbolo histórico, tanto el patrimonio como la cultura, para intentar crear un aglutinante social e histórico para algunos grupos. Es decir, se utiliza en cierta manera como esas “señales” de que ya hemos hablado, que, emitidas por los grupos humanos, les identifican entre sí y les diferencian de los demás. Pero esas señales son auténticas; surgidas del interior del propio grupo y decantadas por el tiempo.

El patrimonio, sin embargo, cuando se usa con estos fines, puede ser utilizado en forma abusiva. Así, el poder político puede usarlo como legitimación para sus actuaciones; y la sociedad, para crearse una nueva identidad, hecha a su medida, en la que encajar sus nuevos presupuestos. “...todos los grupos sociales intentan





FIG. 6.—Aspecto externo de la casa albergana y huecos al exterior.

buscar los aglutinantes que les identifican como tal no sólo auto definiéndose sino, también, por medio de la diferenciación con los demás...” (Cano Herrera, 2003b: 145).

Hay que tener en cuenta, además, que no sólo el patrimonio (y, por tanto, el folklore) se manipulan y falsean, sino que no todo el patrimonio se cuida y protege. Solamente aquel que, en un momento determinado, resulta interesante para los fines que se persiguen. Es decir, aquel que, como los componentes de la cultura, “funciona”. El resto, se oculta, se olvida, se destruye o se ignora.

A lo largo de toda la historia, a medida que han ido cambiando las circunstancias, han evolucionado los presupuestos; y cada generación ha dado preferencia a una parte del patrimonio, y ha olvidado otra. El problema actual es que, del mismo modo que en el resto de los componentes de la cultura, la evolución es más rápida y, además, al utilizarle a menudo como símbolo, los intereses son mucho más fuertes.

Hay otro espacio importante en el que la lucha por la gestión del patrimonio se ha recrudecido. Se trata de su rentabilidad como atractivo turístico, en unos momentos

en que las circunstancias sociales y económicas de la Europa Occidental permiten un elevado gasto en el capítulo destinado al ocio. Esto plantea en ocasiones enfrentamientos, y en otras una colaboración, entre los poderes políticos, la iniciativa privada y los movimientos sociales.

Por supuesto, para poder gestionar en forma correcta el patrimonio, es fundamental conocerlo bien. Para ello, además de “impregnarse” de lo que la UNESCO llamó *el alma popular* de ese grupo, y de aprender sus códigos viviendo entre ellos, es importante hacer unos inventarios de los recursos culturales, pero siempre teniendo en cuenta no sólo su contexto (ya que, como ya hemos dicho, ninguna manifestación cultural puede descontextualizarse) sino también la participación de los propios creadores de este patrimonio, tanto en estos inventarios y su contextualización, como en su gestión.

Vamos a ver dos ejemplos de gestión del patrimonio por los miembros de la sociedad que lo ha creado.

El primero, parte de la puesta en valor de los propios bienes culturales, por los vecinos de un municipio vallisoletano: Trigueros del Valle.

Se trata de un pueblo pequeño, de poco más de 200 habitantes, con una arquitectura de piedra, una ermita mozárabe (“El Castillo”), situada sobre un teso cuya cima está aureolada de casas-cueva y la falda perforada por numerosas bodegas; una iglesia de los siglos XIV y XV, las ruinas de un castillo (“La fortaleza”) de tiempos de Juan II, algunos palomares, amplias extensiones de viñedo y de cereales y abundante ganadería ovina, completan su fisonomía externa.

Dicho pueblo, a los ojos de los posibles visitantes, no tenía nada de especial. Solamente una cosa: sus vecinos (fuertemente apoyados por su Ayuntamiento). Decididos a impulsarle y a rescatarle del olvido, están levantando las ruinas del castillo, del que ya han restaurado la torre del homenaje, y han recuperado la fisonomía de casas y palomares. La restauración de las casas-cueva está en marcha y, quizás lo más importante (aunque sea lo que menos se ve), han comenzado a buscar y a rescatar del olvido fotografías, indumentaria, canciones, bailes... que hace solamente dos años ni siquiera recordaban la mayoría.

El arreglo de caminos para ciclistas y la creación de un parque a lo largo del río, están ayudando a la atracción turística en un pueblo que pocos conocían hace muy poco tiempo, pese a estar situado a treinta kilómetros de Valladolid, en la ruta de los castillos y en la zona del vino de Cigales.

Otro ejemplo de gestión interna del patrimonio lo tenemos en La Alberca, en Salamanca. A diferencia Trigueros del Valle, su oferta y demanda turística eran ya altas. Su arquitectura; el clima; la gran hospitalidad de sus gentes; sus fiestas; el tradicional modo de vestir; la fama de sus turrónes y embutidos; el clima; el paisaje... Todo contribuía a hacer de La Alberca un foco de atracción turística.

Pero no era bastante. La Alberca, pueblo serrano y de vendedores, siempre supo salir adelante con sus propios recursos, con el trabajo de sus gentes y la buena gestión que de sus bienes hacían.

Pues bien. El patrimonio es uno más de sus bienes. Y como tal lo han utilizado, logrando la creación de tanto empleo que no sólo no hay paro en todo el municipio, sino que ha sido un foco de atracción de trabajadores foráneos.

Y este patrimonio ha sido dividido en dos grupos. Uno, el patrimonio tradicional, histórico, cuya cuidadosa gestión le mantiene completamente vivo, que sigue siendo, como siempre, parte de la vida de La Alberca, y cuidado y mimado por todos quienes de él participan.

Otro, aquel patrimonio que, modificado, con un envoltorio más atractivo, ha aumentado más la capacidad económica de los albercanos, respetando su carácter independiente y emprendedor al mismo tiempo.

Un jueves por la noche, pernoctando en casa de unos amigos, me llamaron para que viera una procesión que avanzaba por las calles albercanas, tan acostumbradas al paso de todo tipo de comitivas. Desde uno de los hoteles, y a través de la calle de "La Puente", avanzaban dos mozos vestidos con el traje serrano y montados en sendas caballerías, portando cada uno de ellos un hachón y seguidos por dos filas de extasiados turistas, felices y sonrientes. Durante el trayecto se cruzaron con un vecino de La Alberca, que llevaba su punta de vacas, y con otro a caballo. Los albercanos no se inmutaron. Las sonrisas de felicidad de los forasteros se hicieron más amplias. Era un traslado desde el hotel hasta un céntrico restaurante, donde iban a gozar de una "cena medieval".

Pues bien ¿era legítima o no esta utilización del patrimonio? ¿Se podían mezclar el traje serrano con la cena medieval? ¿No estarían engañando a los visitantes?

Pues bien, yo creo que nadie les engañaba, como tampoco lo hacen cuando esquían en instalaciones cerradas con nieve artificial, en lugar de en pistas naturales de montaña. ¿O acaso cuando vamos al cine creemos que realmente los niños vuelan en escobas? ¿Y de verdad pensamos que el "cocido maragato" lo comían siempre así, o, simplemente, queremos disfrutar de él? ¿Tenemos que mantener las calles de nuestros pueblos llenas de estiércol y sin asfaltar?

Cada cual puede poner el broche que quiera. Pero yo me pregunto ¿por qué no va a ser legítima esta utilización del patrimonio? ¿No han vivido siempre de vender sus jamones? ¿O la miel? ¿No están, acaso, haciendo lo mismo? ¿O es que pensamos que el patrimonio es muy serio e independiente de quienes lo crean? Quizás dentro de unos años estas cenas medievales hayan pasado a formar parte de ese patrimonio de La Alberca, como hoy la celebración del Cristo del Sudor (que, recordemos, también en su día fue una novedad) o la inclusión de la talla del "Juita" o de "El Feo", traído de Andalucía por un vecino en el siglo XVIII, en las procesiones de Semana Santa; o "La Loa", con su dragón rodeado de fuego y dinamita.

Nada ha cambiado. Los albercanos se limitan a utilizar lo que tienen para poder sobrevivir. Y, de paso, hacen felices a muchas personas que, como yo, llegaron un día a San Antonio y ya se quedaron para siempre enredados entre sus calles y sus gentes. Gracias, Alberca.

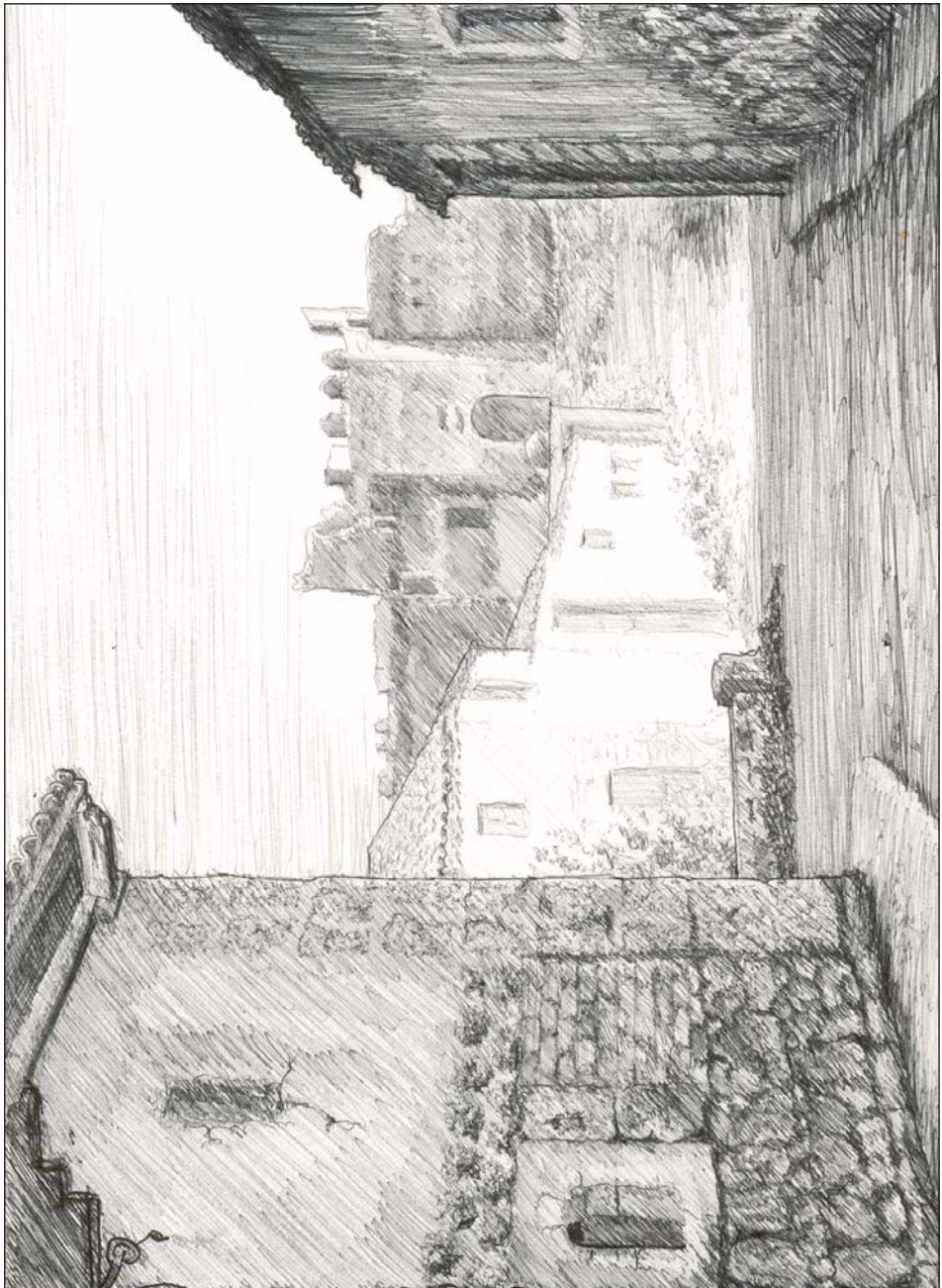


FIG. 7.—Calles y "Fortaleza" de Trigueros del Valle. Dibujo, J. Cano Valentín.

## 3. BIBLIOGRAFÍA

- AGUDO TORRICO, J. "Patrimonio Etnológico. Problemática en torno a su definición y objetivos". En *Boletín del Instituto Andaluz del Patrimonio Histórico*, n.º 18, diciembre, 1999.
- ALONSO PONGA, J. L. "Patrimonio Cultural". En AGUIRRE, A. (coord.). *Cultura e Identidad cultural. Introducción a la Antropología*. Barcelona: Ed. Bárdenas, 1997.
- CAMPILLO GARRIGÓS, R. *La gestión y el gestor del patrimonio cultural*. Murcia: KR Ed., 1998.
- CANO HERRERA, M. "El trabajo de campo". En CANO HERRERA, M. (ed.). *Deximos la puerta abierta. Ángel Carril in memoriam*. Junta de Castilla y León, Universidad de Valladolid, Instituto Interuniversitario de Estudios de Iberoamérica y Portugal, Diputación de Salamanca, 2003a, pp. 43-58.
- "Gitanos de Valladolid. Límites a la integración". En *Antropología en Castilla y León e Iberoamérica*, volumen V. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, Instituto de Investigaciones Antropológicas de Castilla y León, 2003b, pp. 143-150.
- "La música y el baile como elementos integradores". En *Actas del Congreso internacional "Mas allá de nuestras fronteras. Cultura, inmigración y marginalidad en la era de la globalización"*. Universidad de Valladolid y Universidad de Texas, 2003-c, pp. 311-325.
- CARRIL RAMOS, Á. *Pliegos de Folklore*, n.º 1. Salamanca: Publicaciones del Centro de Cultura Tradicional de la Diputación de Salamanca, 1981.
- CARRIL RAMOS, Á. y BLANCO, J. F. *Vida que se hace cultura*. Centro de Cultura Tradicional, Diputación de Salamanca, 1995.
- FERNÁNDEZ DE ROTA Y MONTER, J. A. *Antropología de un viejo paisaje gallego*. Centro de Investigaciones Sociológicas, Siglo XXI de España Editores, S.A., 1984.
- GÓMEZ PELLÓN, E. "Patrimonio Cultural, Patrimonio Etnográfico y Antropología Social". En FERNÁNDEZ DE PAZ, E. y AGUDO TORRICO, J. (coords). *Patrimonio Cultural y Museología. Significados y contenidos*. Actas del VIII Congreso de Antropología, 1999.
- LÉVI-STRAUSS, C. *Antropología Estructural*. Buenos Aires: Editorial Universitaria, 1969.
- LIMÓN DELGADO, A. et al. *Patrimonio Etnológico. Nuevas perspectivas de estudio*. Sevilla: Junta de Andalucía, 1999.
- MALINOWSKI, B. *Los argonautas del Pacífico Occidental: un estudio sobre comercio y aventura entre los indígenas de los archipiélagos de la Nueva Guinea melanésica*. Ed. Península (1ª edición, Londres, 1922: *Argonauts of the Western Pacific*), 2000.
- PRATS, L. *Antropología y patrimonio*. Barcelona: Ariel Antropología, 1997.